

georgina
mexía-amador
**ESTRAGOS Y
PROGENITORES**

prólogo de
Carlos Chalico

Estragos y progenitores

Copyright © GEORGINA MEXÍA-AMADOR
geo.me.ama@gmail.com

1ª edición 2014, México.
ISBN e-book: 978-607-00-8828-5

Edición y diseño:
Georgina Mexía-Amador

Fotografía de portada:
1924. Familia no identificada.
Colección particular
de Bertha Amador Juárez.

prólogo	
por Carlos Chalico	5
nota de la autora	9

estragos

el desierto	15
por un puñado de pesos	29
tinieblas amarillas	33
el momia	37
el escorpión blanco	49

progenitores

el rastro	69
más allá de la náusea	79
nueve plumas de águila	93
de Doctor Gálvez	
a Indios Verdes	113
agradecimientos	128

prólogo

por Carlos Chalico

“Carnal, he visto que te gusta escribir, va a haber un taller de narrativa en la colonia Condesa, ¿le entras?”. Era 2010, primavera (creo); así empezaba un intercambio de mensajes por correo electrónico entre un buen amigo, al que conozco desde hace casi treinta años, y yo. Tenía razón, me gusta escribir y llevaba tiempo haciéndolo aunque solamente sobre temas relacionados con las Tecnologías de la Información, nunca desde otra perspectiva. Ese taller en la Casa Refugio Citlaltépetl me cambió la vida.

Ahí fue donde conocí a Georgina Mexía-Amador, Geo, y su sonrisa perenne, escuchándola leer un texto subjetivo sobre unas gafas, preparado por ella misma como respuesta al primer ejercicio narrativo que nos habían asignado en el taller. La forma, orden e interrelación de sus palabras evidenciaban lo contrario de mi caso en materia de escritura: ella sabía cómo hacerlo. Los días transcurrieron y los ejercicios continuaron; pude conocer mejor a Geo (siempre acompañada de su sonrisa) no solamente por convivir con ella, sino también por las revelaciones hechas a través de sus textos: porque siempre al escribir se escurre entre las letras un poco de quien escribe.

He seguido todo el trabajo narrativo que Geo ha desarrollado hasta ahora. Lo he recorrido completo con el mayor interés. He podido apreciar la evolución de lo que hace y la creación de nuevos materiales; es minuciosa en la construcción de las historias, en la narración de las escenas y en la descripción de las situaciones.

Entre lo que he leído de su autoría hay dos novelas que me han sacudido, llevándome hasta la capa más profunda de la piel de las protagonistas: *La calle de las valquirias* y *Morir como los pájaros*. Cada una es un recorrido en la vida de dos mujeres diferentes: Julia y Flavia. Tiempos distintos y lugares desiguales, pero lo que hay en común entre ellas es que al leer sus historias es como verlas desde sus cabezas, como si estuviéramos insertados en de sus cráneos y miráramos a través de sus ojos, oyéramos por sus oídos, sintiéramos por su piel, y probáramos sus frustraciones, sus deseos, sus impulsos de dominación y control, su coraje. Así es el estilo de Geo, insertador de vida en vida, que busca y busca para encontrar y que es capaz de producir movimientos inesperados en la cabeza o entre las piernas.

Tuve también la oportunidad de saborear un pequeño libro pensado, escrito, impreso, encuadernado, ilustrado y manufacturado de forma totalmente artesanal por la misma Geo. Vaya que lo disfruté, no solo porque lo esperé ansioso después de que tuvo que recorrer un camino largo desde la

ciudad de México para encontrarme, sino porque su contenido es un viaje aún más largo a un mundo fantástico que puede oírse, verse, olerse y tocarse gracias a Geo. *Las tentaciones de Asurbanipal* es un libro con corazón propio, tan vivo, que me obligó a leerlo de atrás para adelante: así de rebelde es, como su autora. Tengo uno de los diez ejemplares que se editaron y me siento muy afortunado por eso.

Debo agradecer a Geo el que me haya llevado a viajar a tan variados sitios y épocas. Me ha tomado de la mano para recorrer sus textos de manera cruda, apasionada, arrebatada, hablando siempre sin tapujos, como su honestidad se lo exige. Se es lo que se es, no se puede ser de otra forma.

La recopilación de cuentos que tiene el lector en sus manos es salvaje y emocionante, porque muestra el enorme talento de una muy joven escritora que lo llevará de un punto a otro brindándole sorpresas constantemente; el lector experimentará una sensación similar a la de estar perdido en una ciudad desconocida, que presenta situaciones capaces de generar alegría, envidia, miedo, compasión, desprecio o incertidumbre. Estos cuentos son un camino con muchas veredas: el recorrido inicia en San Luis Potosí, México, con dos jóvenes apasionados que en el interior de un auto anhelan unir sus cuerpos en un clímax absoluto; otros escenarios comprenden un palenque perdido en el desierto; una casa fantástica y tenebrosa; un taller mecánico en una carretera

fuera de lo común, y un recorrido por las sinuosas entrañas del metro de la ciudad de México.

Si el lector desea emociones fuertes, tiene el libro correcto en sus manos, pues sentirá la angustia de la muerte que persigue y alcanza, la resignación de quien se va sin desearlo, el miedo que infunde lo que no se sabe qué es. Huela las reses en el rastro desesperadas por salvar su vida; camine por los pasillos del hospital psiquiátrico “La Castañeda”; apachúrrese contra otros cuerpos en su tránsito por la avenida de los Insurgentes, en el D. F., a bordo de un Metrobús repleto. Viaje en el tiempo hasta el Paleolítico y contemple las pinturas de las cuevas, entre otros tantos escenarios.

Y si algún día anda el lector por la carretera de Nopalilla, lo espero a las 8:54 en el taller mecánico de El Momia, para que se siente en aquella silla a contarme qué le han parecido estos *estragos*, estos *progenitores*, y para que también me diga, por favor, si cree que esa figura morena de cabello negro logrará escribir las palabras finales del relato que está por dar a luz, porque yo no lo sé.

*Mayo 29 de 2014.
Toronto, Ontario, Canadá.*

nota de la autora

Este volumen reúne los cuentos que he escrito a lo largo de los años, más o menos entre 2007 y 2014 (evidentemente comencé a escribir desde mucho antes, pero existe algo que se llama pudor y por esa razón aquellos primeros textos no son dignos de aparecer aquí. Todo escritor es proclive al ridículo en sus inicios, así es que mejor dejemos en el cajón aquellos intentos míos adolescentes por darle coherencia a historias con mis limitadísimos recursos).

No me atrajo la idea de poner mis cuentos en orden cronológico, sino dividirlos en dos temas que han marcado mis ideas en este tiempo: *estragos* y *progenitores*. Un estrago es un daño que implica violencia, destrucción, y en mis cuentos también significa lo ominoso, lo impredecible. Estragos son los que dejan la muerte, el horror, el absurdo. Por ejemplo, “El desierto”, es un estrago a nivel emocional y sexual, dada la tensión entre ambos personajes. En estos cuentos el mundo se tambalea, se destruyen las certezas y por eso decido cerrar el ciclo de los *estragos* con dos relatos que intentan seguir la línea de los relatos de terror de H. P. Lovecraft (a quien debo el haber empezado a escribir cuentos, desde mis 14 años). Creo que el cuento de horror es en el que tienen lugar mayores estragos, pues en él ocurre una violenta irrupción de “lo otro” en el mundo cotidiano: lo que persiste luego del

derrumbamiento de la lógica, de la cordura y de las leyes del mundo es un estrago, como la locura o la muerte.

Los cuentos del apartado *progenitores* se refieren a todas las posibilidades de la creación. El cuento “De Doctor Gálvez a Indios Verdes” data de 2007; yo tenía 21 años y ya me inquietaba el papel del escritor como quien da vida a textos y personajes. Es probable que esté muy manoseada la comparación entre parir a un ser humano y crear una obra literaria, pero en aquel tiempo estaba convencida de que el símil era válido por lo doloroso que resultaba también esto último. Sin embargo, el modo en el que concibo la procreación es a veces sumamente pesimista, como en “El rastro”: ¿para qué crear, para qué concebir más humanos si este mundo es una mierda? Pero, a su vez, el progenitor crea y se perpetua, como hace un escritor con sus libros. Y esa veneración a la genealogía, más que al linaje, es también un tema que me interesa y obsesiona: ¿de dónde vengo? ¿Qué circunstancias tuvieron lugar para que yo existiera? Los ancestros son un tema importante para mí, y eso me llevó al cuento “Más allá de la náusea”, en el que también exploro la periferia cultural no-occidental y no-cristiana, y sus distintas maneras de ver el mundo. Este cuento no es un elogio del canibalismo, sino la posibilidad de atreverse a pensar diferente y de considerar las creencias de otros igualmente válidas. Me enloquece también lo muy remoto en el tiempo y el espacio,

cuando los primeros homínidos se irguieron y contemplaron el mundo. En “Nueve plumas de águila” plasmo mi pasión por el arte rupestre del Paleolítico y por la hipótesis de Jean Clottes y de David Lewis-Williams, en la que plantean que dicho arte pudo ser producto de prácticas chamánicas prehistóricas (este tema es tan obsesionante para mí que mi primer poemario, *Vislumbres hacia el otro lado*, explora las posibilidades líricas entre el rezo y el poema a propósito de los primeros chamanes, los primeros dioses, los primeros ritos).

Entrego, pues, al lector varios años de trabajo. Le entrego mis inquietudes, mis obsesiones, mi locura, y todo aquello que también me avergüenza y lastima. “El escorpión blanco”, “El desierto” y “El rastro” están basados en hechos reales y por esto mismo implicaron un mayor reto creativo, pues escribir a partir de la realidad no significa plasmarla “tal cual es” (si es que tal cosa es posible), sino transformarla y trascender la simple anécdota.

Pero ya el lector juzgará estos cuentos. A partir de ahora, estas creaciones dejan de pertenecerme.

Ciudad de México, mayo de 2014.

estragos

el desierto

I

Franco tenía a su alcance los hombros morenos de Luisa. Incluso él había alcanzado a mirar el lunar pleno y redondo en la región baja del muslo, próximo a la rodilla, que asomaba bajo el vestido café de ella. Pero prefería detener sus ojos en los de Luisa, deseando que abandonara el tránsito esquivo de su mirada y se resolviera a prestarle atención de una vez.

La presencia de Luisa le resultaba vertiginosa, como la urbe.

Franco recordó la primera vez que llegó a la ciudad. La multitud lo aturdió y sintió náusea cuando al fin logró abarcar con su vista las dimensiones de la estación de autobuses. Caminó hacia la salida, cargando su maleta en la espalda. Se sintió ridículo. Las suelas de sus tenis rechinaban en los mosaicos acabados de trapear, a la vez que lo atacaba una mezcla de olores que perturbó sus jugos gástricos: pollo frito, carne asada para hamburguesas, mantequilla con hot cakes. En una de las salidas estaba un boleador desocupado, con las manos embarradas de cera negra para zapatos, fumando. Dio un paso más y se encontró en la calle, abovedada por un cielo jabonoso y gris. Al fondo, la avenida: una motocicleta aceleró

para rebasar un tráiler que segundos antes había cimbrado el suelo; las llantas de los autos friccionaban el pavimento; cláxones hacían coro a la sirena de una ambulancia.

Caminó hacia la estación del metro, como si fuera el único lugar que hubiera estado fijo en su ruta, y recordó los vagones de ferrocarril anclados en sus rieles herrumbrosos y oxidados, allá en las afueras de San Luis Potosí. Y ahí, aplastado por las hordas que reventaban los vagones del metro, parecía inaudito el recuerdo de una estación de ferrocarril en medio del desierto: vorágine de cuerpos y sudores en la oscuridad de un túnel sinuoso.

Los hombros macizos. El vestido café. Los aretes redondos, plateados, colgando de los frágiles lóbulos.

Al ver a Luisa por primera vez Franco pensó que también era provinciana. Ni siquiera por el acento en su voz supo identificarla, porque no se diferenciaba en lo absoluto del habla de los de San Luis Potosí. Él, por alguna razón, había adquirido el acento sinaloense. Pero en cuanto ella le reveló su procedencia, Franco se sintió hundido en aquel vértigo de la primera vez que estuvo en la ciudad. *La Ciudad*, como si no hubiera otra a la que pudiera llamársele así, lo había arrastrado hasta su alcoba más hedionda, obligándolo a desnudarla para al final no revelarle nada. Lo había mirado con desprecio y burla, mostrándole cómo sus mordidas ansiosas no le habían dejado la menor huella.

Luisa no era muy alta y a pesar de estar próxima a los treinta años parecía una adolescente. Se acomodaba constantemente el cabello negro, negrísimo, y lo dejaba descansar en uno de sus hombros mientras el otro refulgía desnudo, apenas con un leve enrojecimiento por el sol, bajo el tirante café de su vestido. Franco la conducía por las callecitas de San Luis Potosí y ella lo seguía interesada, casi dócil. Pero de vez en cuando la sorprendía ejecutando una mirada de fastidio o una sonrisa burlona. ¿Qué más había para ver en esa ciudad tan mísera?

“Si yo me viniera a vivir aquí, me aburriría”, había dicho Luisa. “En un par de horas ya he conocido todo”.

No había hastío en su voz, más bien había intentado parecer simpática. En Franco poco a poco brotaron el ansia y la locura de hacerla suya y someterla, como no había podido hacer con La Ciudad. Al salir de la estación del metro, había buscado un hotelito barato en el Centro, ese Centro que era el núcleo de todo lo existente, opuesto a las ridículas calles y plazas a las que ellos llamaban “el centro” en su ciudad provinciana tan diminuta.

Los dos habían transitado ya varias veces por el mismo lugar y sólo hasta entonces fue evidente el fastidio en Luisa. Ni siquiera la entusiasmó volver a pasar frente a la casa de Manuel José Othón, porque ya la había visto. La había cansado esa ciudad tan sosa, pero encontraba algo de atractivo

en el joven provinciano que la guiaba. Para ella era una presa fácil. Una manzana que podría morder, masticar y escupir, como Lilia Prado en *Subida al cielo*. En su soberbia, hasta se vio a sí misma pronunciando las mismas palabras de la película: “Ya tuve lo que quería”, tras lo cual se encogería de hombros y volvería a escupir.

Franco supo entonces que Luisa era mayor que él. A voluntad, ella podía parecer indefensa, ingenua, o mostrarse vulgar y rapaz. Mientras caminaban y la banqueta se angostaba, él la dejaba pasar primero y contemplaba su andar firme, altivo, veía cómo quienes caminaban en sentido contrario a ellos se hacían a un lado para que ella pasara. En un momento, sintió que él ya no venía con ella.

Luisa se transformó entonces. Era La Ciudad que él no había sido capaz de asir, y si horas antes se había sentido capaz de guiarla y tenerla bajo su mando, al saber que ella era mayor volvió a encogerse en su vergüenza. Ella comenzó a hablar de sí misma, azuzada por las preguntas de Franco. Y él supo entonces que Luisa ya había salido al mundo y había probado todo cuanto se había permitido. Él era tan anodino y pronto los papeles se invirtieron. Ella observó interesada el cambio en Franco y, supo que, si ella quisiera, él sería uno más echado a la bolsa. Sí, escupirlo, saborear la fricción con su cuerpo, con su calor, recorrerlo con la lengua, sí, a ése provinciano idiota, y escupirlo. Una manzana que de tanto

masticar se volvería insípida. Franco acababa de cumplir 23 años.

II

Franco insiste en mirarla, pero no ha logrado atrapar sus ojos. Luisa, La Ciudad: siempre esquivada, cambiante. Pero ya no siente vergüenza de sí mismo ni de su pequeñez y quiere ahora subyugarla. Los ojos de Franco tropiezan con el lunar en el muslo moreno de ella. Hay una carne que palpita a escasos centímetros de él. Recorre con la vista el dobladillo del vestido café oscuro: las puntadas de hilo se perpetúan una tras otra y se pierden bajo la curva que dibuja el muslo al aplastarse contra la silla de madera. Ella sonríe, burlona, sin que él lo note.

No hablan. No se escucharían. Resulta casi ominoso el estruendo de la música que sube del piso inferior. Luisa quiere bailar, contonearse con el cuerpo apretado contra el de él. Pero Franco no baila, le ha dicho que es totalmente inepto para ello. La música está en vivo: una mujer grazna éxitos gruperos por el micrófono acompañada de las notas de un teclado desafinado. Han pasado las últimas horas en un bar a la salida de San Luis Potosí, a unos metros de la autopista rumbo a Matehuala.

Él deja de mirarla y se vuelve hacia un plato con cacahuates salados; Luisa ni siquiera los ha probado porque le

da asco la cascarilla negruzca que los recubre. En cambio, llama su atención un cuadro que cuelga a escasos centímetros de la mesa en la que están sentados: es una fotografía en blanco y negro de una escena de *Los tres García*. En primer plano aparece Marga López con su peluca rubia, rodeada de Pedro Infante, Víctor Manuel Mendoza y Abel Salazar, quienes se la disputan con la mirada. *Deseada*. Luisa sonríe, empuja la silla hacia atrás, apoyando las manos en el borde de la mesa, y se levanta para observar el cuadro. Franco se vuelve a mirarla y ella comprueba triunfante que su provocación al levantarse ha dado resultado: le ha revelado su cuerpo en una especie de rito propiciatorio. *Deseada*. Luisa calcula sus movimientos cuando vuelve a sentarse en la silla: el vestido se arruga, se dobla, cobra formas nuevas en su afán de no dejar al descubierto la zona más profunda y oscura de los muslos. Empina la botella de cerveza y bebe las últimas gotas, ya amargas, y observa a Franco sin que él se dé cuenta. Qué sencillo ha sido avivar su interés en ella. Ansía ya morder la manzana, pero sobretodo desea saborearla, deglutirla poco a poco; sólo escupirá lo último. Y él responde según lo previsto. Franco le acaricia el cabello, pero Luisa lo ignora deliberadamente, saboreando con discreción el triunfo. Él le acaricia el antebrazo derecho con las yemas de los dedos y cuando está a punto de asir la mano de Luisa, ella la aparta y juguetea con la lata de cerveza vacía.; finge ignorar el calor que

ha dejado la piel de Franco en la suya pero su clitoris se estremece.

Ya no hay papeleos ni trámites. Franco apura los últimos tragos de su lata de cerveza. Luisa paga la cuenta como pagó también el taxi que los llevó al centro. “Bueno, pues entonces llévame a mi hotel. Ya sabes que me voy mañana temprano”, dijo ella.

Bajaron. Luisa quiso pasar al baño y Franco la esperó afuera, mientras observaba al grupo que tocaba en vivo y a las parejas de clientes que bailaban en la pista. Por el reducido tamaño del bar, los parroquianos que permanecían en sus mesas se dieron cuenta del momento en que Luisa y Franco salieron. Algunos sonrieron maliciosamente.

Franco abrió la portezuela. Las luces de neón de la fachada del bar iluminaron el lunar en medio del muslo de ella cuando subía al auto. Franco lo miró y fue preparando el encuentro en su mente. Había un terreno baldío a dos cuadras de ahí, cerca de la gasolinera donde debía doblar a la izquierda para llegar al hotel. Franco imaginó que se estacionaría ahí, en el baldío. Apagaría las luces del auto. La atraería hacia sí, sin tolerar ninguna resistencia. Le besaría los hombros y sentiría el perfumado cabello negro de Luisa en el rostro. Sus manos explorarían cada puntada del dobladillo del vestido para encontrar esa caverna húmeda y espesa entre los muslos, que hasta entonces había permanecido oculta. Luisa jadearía con

ardor, exhalando su aliento en el cuello de él y los dos cuerpos participarían del mismo rito de entrega hasta el instante en que la poseería, subyugándola al violento cauce de sus órganos ansiosos. La vería entonces aprisionada, vencida, con todos sus secretos al fin revelados y, por tanto, indefensa. Hasta entonces, se dejaría caer victorioso sobre el cuerpo moreno y sudoroso de Luisa, y no la dejaría marcharse. Ella habría sufrido entonces una transformación y su poder de aniquilamiento habría sido conquistado por él. Y no le permitiría irse de su lado: la urbe volvería a incorporarla, a corromperla, y se hallaría de nuevo por encima de él, poderosa, inaccesible. Sería una vez más como esa Ciudad terrible.

Luisa esperó a que Franco subiera al auto. Imaginó que se estacionarían en el terreno baldío que habían visto al pasar. Antes de que Franco apagara el motor, ella ya estaría recorriendo los ínfimos muslos de él, y estaría explorando con tanteos obscenos el arco de sus entrepiernas. Como otras tantas veces, sentiría el penecillo erecto, palpitante, y se vería obligada a fingir que tal descubrimiento le ocasionaba placer. Ella sería la oficiante del rito. Desabrocharía el cierre del pantalón, frotaría los testículos y acomodaría sus caderas y sus muslos en los de Franco, sentada con las piernas abiertas para recibirlo.

*...las lianas de tu cuerpo retorcidas
en el torso viril que te subyuga,
con una gran palpitación de vidas.*

Todo el acto sería llevado a cabo en el asiento de atrás, por lo que habría que organizar el orden de las acciones para que todo pudiera alcanzar su clímax en una posición más cómoda. Al concluir, ella regresaría caminando al hotel, mientras él estaría profundamente dormido, desnudo en el interior de un auto rojo abandonado en un terreno baldío. En el desierto. Idilio salvaje. Hasta entonces y no antes, Luisa podría escupir los restos de la manzana y sentirse satisfecha.

*¡Pasó!... ¿Qué resta ya de tanto y tanto
delirio? En [mí] ni la moral dolencia,
ni el dejo impuro, ni el sabor del llanto.*

*Y en [ti], ¡qué bondo y tremendo cataclismo!
¡qué sombra y qué pavor en la conciencia
y qué horrible disgusto de ti mismo!*

III

Franco ha subido al auto. Siente cómo enloquece sus sienes el flujo sanguíneo. El lunar en el muslo está ahí, incitándolo. El dobladillo del vestido lo invita a regiones ignotas y cálidas. Enciende el motor del auto, se echa unos cuantos metros en reversa y toma la calle rumbo a la gasolinera.

Un semáforo en rojo los detiene. La esquina siguiente anuncia ya las zarzas y las rejas maltrechas del baldío. No

hablan; el silencio es el preludio de la tempestad.

Franco está aturdido y aunque se siente ansioso por poseerla, prefiere no mirar a Luisa. Sus ojos, con las pupilas ya dilatadas por la excitación, vagan a través del paisaje tras el parabrisas mientras el semáforo está en rojo, y es entonces que repara en el letrero que indica el nombre de la calle: Avenida Madero. Madero... Madero...

El Centro de La Ciudad lo sobrecogió en cuanto se decidió a recorrerlo al día siguiente de su llegada. Franco se había sentido como una visita no deseada e impertinente. En su caminata sin rumbo había dado al fin con una de las calles principales: Madero. Al recordarlo, estimulada su memoria con el letrero de la calle en que el semáforo los ha detenido, Franco se mueve incómodo en el asiento y aferra su mano derecha a la palanca del auto. Madero. La turbación que siente lo obliga a mirar de reojo a esta mujer, a esta casi niña que está en el asiento del copiloto, y se siente abrumado, como si pudiera verla a sus anchas en esa avenida interminable que de algún modo le pertenece por haber nacido allá, en La Ciudad. Franco recuerda entonces las amplias calles del Centro, los edificios coloniales, cuyas fachadas de piedra habían sido erigidas con las ruinas de los templos prehispánicos; recordó sus patios interiores, sus columnas de cantera, sus sólidos portones antiguos. Recordó los edificios más nuevos, con sus cariátides de reminiscencia clásica, sosteniendo balcones y

ventanales; los edificios estilo art déco, con sus elevadores de puertas doradas y sus pulidas escaleras de mármol negro con estrías blancas. Recordó los portales, las multitudes en las aceras, todas concentrándose en aquella plaza gigantesca, flanqueada por la Catedral y el Palacio Nacional. Ese lugar, y no otro, era el núcleo. Todo estuvo ahí antes de cualquier otra cosa. Luisa se había sentido orgullosa horas antes, cuando en una librería de viejo, en una callecita del centro de San Luis Potosí, había preguntado de dónde llevaban los cargamentos de libros y le habían respondido lo que era evidente. Luisa había rematado, diciendo: “Sí, allá en México hay muchas librerías de viejo. Toda una calle, Donceles, es de librerías... Es inmensa...”.

Franco no había logrado aprehender La Ciudad. Recordó las calles: Donceles, Tacuba, Bolívar, República de Brasil, Venustiano Carranza, Cinco de Mayo. Todo era inabarcable, un universo entero en el que él no tenía cabida porque no le pertenecía. El dobladillo del vestido le parece entonces una puerta vedada. Ella es demasiado para él. “Malditos chilangos”, había musitado en la librería de viejo. Pero inmediatamente se había vuelto hacia Luisa para decir: “Bueno, sin querer ofender a la presente”. Ella se había reído y replicado, con sincera indiferencia: “No importa. Ya estoy acostumbrada. Nos odian porque allá tenemos todo”.

Franco se siente lejos de ella al recordarlo. No había

notado soberbia en su voz: más bien, no había nada. Era una voz sin expresión, sin modulaciones. Él le había dicho a Luisa: “¿Cómo hablan ustedes los del centro? A ver, háblame con auténtico acento del centro”, pero ella se había reído, diciendo: “Pues hablamos normal, no como tú, con tu acentito norteño. ¿De dónde lo sacaste, eh? Si los de San Luis no hablan así como tú, hablan *normal*.”

Él era un “otro”, entonces. Había elegido una identidad caricaturesca: el norteñito, el provincianito ridículo. Luisa hablaba “normal”.

No puede, no puede poseerla.

Se enciende la luz verde en el semáforo y por un instante se siente impulsado a girar el volante del auto para penetrar en la oscuridad del terreno baldío y dar cauce a los impulsos que lo han venido dominando. Pero hacerla suya, someterla, sentirse por un momento unido a Luisa le parece ahora imposible. Ella no puede ser suya. Se siente incapaz de dar la orden a sus manos de girar el volante y pasa de largo el baldío. Ve a Luisa tendida a su lado como una extensión de tierra inabarcable e inhóspita. Él es un intruso, no tiene el poder para dominarla. Es La Ciudad a la que no pertenece. Y ahora sólo siente una flacidez amarga entre sus muslos, cuando momentos antes la erección había sido tan intensa bajo su pantalón de mezclilla.

Luisa tampoco lo miraba mientras el semáforo marcaba el

alto. Sin embargo, mantenía su mano izquierda lo suficientemente cerca del asiento de Franco para comenzar el ascenso por el muslo y después transitar con lentitud hacia la ingle. Pero había algo que la inquietaba: la entrega fácil, el asco de sí misma, la frigidez. Cualquier caricia que descendiera sobre su cuerpo era bienvenida. Ansiaba sentir los besos, la saliva sobre su piel, el pene erecto entre sus muslos y escuchar sus propios jadeos ante la embestida de un sudoroso cuerpo de hombre. Pero la proximidad del encuentro la angustiaba; Luisa había propiciado el deseo, la locura, y se había regodeado en su triunfo, en su poder de seducción sobre el jovencito con quien había pasado todo el día por circunstancias fortuitas. Y la realización cada vez más cercana del acto que ella había incitado la incomodaba. No podía entregarse a Franco de forma tan impulsiva. Ella era mayor que él, ella era ciudadina. Cómo podía representar para él un trofeo tan barato si ella se veía a sí misma más fuerte, más poderosa. Porque había resultado evidente el momento en que él había asumido un papel inferior respecto a ella al sobrevenir ese intercambio de papeles.

Y al ver que Franco ha pasado de largo el terreno baldío en el que ambos habían imaginado el encuentro que inconscientemente se había venido preparando durante todo el día, Luisa se siente liberada de una carga. No sabría si es moral, pero en silencio agradece que él no se haya detenido.

No habría podido entregársele. Habría sido incapaz de soportar una entrega tan fácil de su cuerpo. Y si en algún momento había sentido un oleaje impetuoso en su pubis, ahora sólo se sabe seca, yerma, deshabitada.

Es una noche despejada y fría en el desierto. Los viejos ferrocarriles descansan en sus rieles oxidados. Franco desciende del auto estacionado en la entrada del hotel y abre la portezuela para que Luisa baje. Se miran en silencio. Él la rodea con sus brazos y la aprieta con fuerza contra su cuerpo, como en un acto repetidamente ensayado. Luisa responde el abrazo sin entusiasmo; apenas roza con sus dedos la suave tela de su camisa negra. Los empleados de la recepción los miran y cuchichean, creen saber lo que ha ocurrido entre ellos y se sienten autorizados a escudriñar el vestido café en busca de manchas o arrugas delatorias.

Luisa cruza la puerta del hotel y se pierde de vista entre los corredores alfombrados rumbo al elevador. Lo último que Franco distingue de ella es uno de los bordes de su vestido café. Sube entonces al auto, enciende el motor y desaparece en la noche ululante del desierto.

El desierto.

por un puñado de pesos

Cuerdas que suben y bajan. Cuerdas que zumban. Cuerdas que giran y revuelven el polvo. El hombre agita la gruesa cuerda sobre su cabeza y arroja el extremo lejos de su cuerpo, hacia la tierra. La ternera azota en el suelo. Muge. La cuerda atrapa sus cuatro patas. Muge. El caballo la arrastra, dándola por muerta, mientras una multitud aplaude y vitorea desde las gradas al hombre. Él sonríe. Al fin lo ha logrado. Pero el haber derribado a la ternera no es lo que le interesa. Se siente aliviado, pues su cabeza ya no tendrá precio. Ya no lo buscarán por teléfono en la madrugada, en la noche, al mediodía, a la hora de comer. Gracias a Dios ya tiene la lana; sabe que muchos apostaron por él. El hombre desmonta y se reúne con otros tras bastidores. El barullo de las gradas recibe al siguiente jinete. Es un forastero del sur al que ni siquiera tuvo tiempo de verle el rostro. “El Boludo” le hace una seña, recargado cerca de la puerta trasera y el hombre sale, atraviesa

el traspatio y se sube a una pick-up negra, estacionada entre autos polvorientos, ahogados con la arena del desierto. En el interior, en el lugar del conductor lo espera La Matriarca.

—¿Ya tienes la lana?

—Simón.

—Déjate de pendejadas. ¿Dónde está? ¿La traes?

—Nomás que me den lo de las apuestas. A ver si con lo que me den se conforma.

—No lo creo. El morrito no va a regresar, pero pues algo es algo.

No lo iban a dejar en paz. Bajó de la camioneta y regresó al tugurio. Desde su sitio junto a la puerta de lámina, “El Boludo” le dio una palmada en la espalda: “No es tu culpa, hombre”.

Lo habían empezado a llamar por teléfono desde hacía unos seis meses. Todos los días. A todas horas. Ni siquiera podía coger a gusto con Genoveva, su nueva mujer, porque sonaba el teléfono en plena madrugada. Querían el dinero. Ya que se había desentendido del asunto desde un principio, el dinero era lo menos que les podía dar. Sabía que esta vez no se les iba a escapar. Qué fastidio.

Siempre le habían gustado los palenques y los jaripeos. Sabía montar y les hablaba a los animales. En su rancho tenía cuerdas por todos lados. Cuerdas anchas. Gruesas. Más de una vez le quemaron las manos, pero para eso tenía callos,

qué no. La cosecha de jitomates ya no daba para mucho y cuando las llamadas se volvieron una cosa insoportable, supo que no había alternativa. No tenía escapatoria. Iban a venir por él y por la lana. Se puso a practicar con Azalea, una yegua bien bonita, y se la pasó ensayando suertes con las cuerdas, mientras el tractor descansaba en el patio. Genoveva lo observaba desde la ventana de la cocina. Tenía miedo por él, de que se lo fueran a llevar lejos de ella. Eran capaces de cualquier cosa.

Cuerdas. Reatas. Riendas. Ese era todo su mundo además de los malditos jitomates y de su tractor. El hombre se recargó en el muro de cemento a medio pintar, a unos pasos de “El Boludo” y su puerta de lámina, y se cruzó de brazos. Pensó en el morro. Tanto desmadre por aquel morro. Y aunque “El Boludo” le había dicho que él no era responsable, sabía que era el culpable de todo. No debió dejarlos a su suerte. No en aquel desierto donde lo menos brutal eran los escorpiones.

Un hombre de sombrero negro vaquero se le acerca a “El Boludo”; él es el que trae la lana. El hombre deja de recordar y se acerca al del sombrero negro vaquero; éste le dice: “No te fue muy bien, amigo, pero pues toma: doscientos pesos te han de alcanzar para algo”.

El hombre toma el billete y se queda mirando el suelo. No tiene caso reclamar porque eso es lo menos importante ahora. La Matriarca lo espera afuera y sabe que le va a mentar su

madre si le da el pinche billetito verde. Aprieta el billete en su puño y sale con él por la puerta trasera del tugurio, seguido por “El Boludo”.

Cuerdas. Cuerdas que se balancean. Cuerdas que cuelgan de un árbol seco, exangüe. A la mañana siguiente, unas mujeres que caminaban por el arenal, llevando biznagas en unas canastas de mimbre, encontraron al ahorcado. Una de ellas se persignó. La otra, más joven y menos taruga, le esculcó los bolsillos al muerto. Encontró un billete arrugado de doscientos pesos y, tras persignarse, besuqueó el papel.

Al sentir la cuerda bien apretada en el cuello el hombre habrá pensado, sin duda, antes de dejarse caer: “A ver ahora de dónde sacan lana para el segundo funeral”.

tinieblas amarillas

Entre tinieblas amarillas cobra forma una casa de dos pisos. Sus cuatro paredes lisas, blancas, sostienen un techo a dos aguas. Una casa común excepto por que no tiene escaleras entre un piso y otro. Luciana se ve a sí misma en el interior de esa casa. Recorre cada una de las habitaciones sin alcanzar a mirarse nunca en un espejo. Cuando Luciana dobla en la esquina de un muro blanco aparece ante ella una mujer que, por alguna razón, sabe que es su hermana. Ah, sí. Ahora recuerda que tiene una hermana, quien viste una falda larga de terciopelo color púrpura. La mujer es tan alta y alargada que casi alcanza el techo y Luciana tiene que pararse de puntas para ver dónde termina su cabeza. Sus pies permanecen ocultos bajo los pliegues de la falda de terciopelo y cuando camina parece flotar. A pesar de que no puede ver su rostro, Luciana recuerda por fin a la hermana que recién ha aparecido en esa habitación vacía al doblar la pared. Una hermana en las tinieblas amarillas de una casa sin escaleras.

Las dos recorren la casa sin poder mirarse en un espejo, porque no hay ninguno. Se repite la escena anterior de doblar en la esquina de un muro blanco y, esta vez, Luciana y su hermana encuentran a dos hombres altos vestidos de negro. Están de pie en medio de la habitación, como si las hubieran estado esperando. Los cabellos de ambos son también negros, pero sus rostros están borrosos, como vistos por un miope desde lejos. Luciana no alcanza a distinguir sus facciones, pero tiene la certeza de que los hombres son gemelos y de que no estaban antes en la casa. Han venido de alguna manera desde algún lugar y ahora ocupan un espacio en lo que parece ser una sala. Pero ahora lo sabe: son sus hermanos. Luciana no estaba segura de que tuviera hermanos pero, al recordarlo, su aparición tan repentina le parece entonces de lo más natural.

El tiempo se ha detenido y las otras tres figuras que se encuentran con Luciana en la habitación están inmóviles, mudas; sólo se escuchan sus respiraciones lentas, terregosas, como si respiraran a través de un tubo. Parecen estar a la expectativa y su ansia se esparce en las tinieblas amarillas. Poco a poco cobran forma unos cuantos muebles: las patas de una mesa de cedro, la base circular de una lámpara de latón, el respaldo de un sillón acojinado. Al fondo de esa sala, Luciana distingue amplios ventanales que dan a un jardín, y una puerta corrediza de vidrio que está abierta. Afuera está oscuro. Ella

espera también sin inquietud, porque a pesar de lo repentino de esas tres apariciones todo ha ocurrido como debiera ser.

Es entonces que en el marco de la puerta corrediza aparece una niña. Las tres figuras y Luciana se sobresaltan al principio, pues la niña ha surgido de improviso entre las tinieblas amarillas. Viste una blusa azul claro debajo de un suéter tejido y anticuado que no es de su talla, pues las mangas resbalan de sus hombros sin gracia y cuelgan como ramas de un sauce enfermo. La niña sonríe apretando los dientes de tal forma que su expresión semeja más una mueca felina. Pero no hay por qué sobresaltarse. Luciana ha recordado que la niña es su tía. Cualquiera habría pensado que era un espectro, pero no, esa es la última posibilidad. No es un espectro, así haya aparecido de repente en el marco de la puerta corrediza que da al jardín oscuro.

La escena se ha detenido en el tiempo de nuevo y Luciana sólo observa a la niña que sonríe como fiera, mostrando los dientes atornillados a sus encías, demasiado grandes para su boca. La niña-tía no se mueve, sólo gira la cabeza de un lado a otro, como el mecanismo descompuesto de un muñeco, y adelanta una de sus piernas flacas con la intención de entrar a la habitación que semeja una sala. La hermana altísima y los gemelos sin rostro tampoco se mueven: ahora sólo son pedazos de carne informes, palpitantes, como un órgano que hubiera sido extraído de las entrañas de un cuerpo y siguiera

contrayéndose en una mesa de disección. Luciana se paraliza: no ocurre nada más, se ha anulado toda posibilidad de movimiento, de escape, y entonces la visión se desvanece en las tinieblas amarillas de esa casa sin escaleras y sin espejos.

el momia

“La chamarra no es muy caliente, sólo calientita”, le dijo El Momia a Domiciano, quien se encogió de hombros y miró resignado hacia el pastizal aletargado en medio de la niebla. “No importa. Déjemela, patrón”, dijo al fin Domiciano. “Con este frío del demonio cualquier cosa es mejor que nada”. El Momia le extendió la chamarra y dijo: “Pues pónitela y vámonos, pues, chamaco. Porque hay que atender el changarro, ahora más que nunca”. Domiciano iba a decir: “Está muy solo por allá y casi no cae clientela”, pero se contuvo. Sabía que El Momia fingía ser amable con él por puro compromiso. O por miedo. Miedo al silencio, a la cañeja sensación de nomás ver pasar los carros a toda velocidad por el camino y confirmar que ninguno iba a detenerse. El Momia lo necesitaba; se había arrancado en aquel pastizal frío y seco hasta que su carne se convirtió en materia rígida y negra, como la piel de un chile ancho. Cuántas cosas raras no había escuchado Domiciano sobre El Momia desde que regresó a Nopalilla, su pueblo, y las tripas se le estrujaron por dentro al recordarlas.

El Momia caminaba por la brecha delante de Domiciano, abriéndole camino entre la niebla. Era una figura silenciosa,

enchamarrada, con pantalones de mezclilla y una gorra deslavada de un equipo gringo de béisbol. En alguno de sus bolsillos, El Momia llevaba unas llaves que tintineaban con el ritmo de sus pasos monótonos. El pasto seco crujía bajo los tenis de ambos. Domiciano pensó: qué locura haber aceptado la chamarra y venir ahora caminando en despoblado detrás de El Momia rumbo a la carretera. La gente murmuraba, especialmente en días como éste, en que la oscuridad se resistía a ceder conforme se aproximaba el alba y sumía al caserío en una noche inoportuna. El aire se enrarecía y de la tierra seca emergían unas larvas blancas que arrojaban pus verde y chiclosa cuando se les aplastaba con los pies. O al menos así es como imaginaban las gentes a aquellos seres que se reventaban bajo sus suelas al caminar por las callejas y los patios de Nopalilla, porque la niebla engullía del suelo todo rastro visible.

Domiciano no veía sus pies y le pareció como si viniera flotando en esa niebla que parecía emanar de la tierra y no de las nubes que se alborotaban alrededor de las montañas. Hacía rato que habían dejado la última casa de Nopalilla atrás, con su foco lánguido y enfermizo colgando de un techo invisible. El Momia no decía nada; parecía concentrado en descifrar el camino entre los pastos secos, hasta que de pronto se detuvo. Domiciano se detuvo también, a pocos centímetros del hombre. Instintivamente miró a su alrededor, pero al

comprobar por enésima vez que no se veía nada por la niebla se culpó de su imbecilidad. “¿Qué pasa?”, dijo Domiciano, sorprendiéndose de que su boca hubiera hablado sin ninguna orden previa de su cerebro. El Momia respondió: “Aquí acaba el camino, chamaco, y ahora hay que atravesar la carretera. Pero hay que ponerse abusado, no sea que en una de éstas pase algún carro y nos chingue.” Domiciano caminó y adelantó uno de sus pies —sabía que tenía pies porque los sentía aún, pero no podía verlos—; palpó el suelo e identificó la transformación de la textura. Ya no era el pasto seco y crujiente bajo su peso, sino la rigidez del pavimento. El Momia volteó en ambas direcciones y se aventuró a cruzar la carretera. Domiciano no quiso quedarse atrás pero al mismo tiempo sintió vértigo: qué tal si no veía venir los faros de un auto, qué tal si no escuchaba el ronroneo del motor o la fricción de las llantas en el pavimento. Lo mejor era regresarse, pensó, pero desechó de inmediato la idea: era más probable que se perdiera, que diera vueltas por el camino y que se alejara más de la ruta que conocía. Tuvo que aceptar que no había mejor opción que ir tras El Momia y sentarse durante horas a esperar en aquel taller mecánico a la orilla del camino. A pesar de todo, El Momia le pagaba bien y Domiciano se había animado a entrarle de aprendiz en el taller porque se quería matrimoniar con la Marcela, después de haber estado una temporada “del otro lado” como jornalero.

Domiciano siguió el rastro auditivo de los pasos de El Momia entre la niebla, porque desde hacía unos momentos lo había perdido de vista. Silencio. Ningún auto se percibía en varios kilómetros a la redonda. Los tenis le reportaron la textura rígida del pavimento durante un rato, hasta que tropezó y perdió el equilibrio. “Ándese con cuidado, chamaco”, dijo El Momia, cuyo brazo emergió de entre la niebla para sujetar con fuerza a Domiciano. El joven se repuso y escuchó ahora sus pasos sobre la tierra seca y las piedras sueltas. Habían logrado cruzar. Tan pronto como Domiciano reanudó la marcha, El Momia soltó su brazo. Domiciano sintió tanto dolor al verse liberado de la mano firme y huesuda del hombre que creyó que había sido prensado por un gancho.

Avanzaron un poco más entre la terracería hasta que Domiciano distinguió la silueta de una construcción grande y rectangular. El Momia hizo sonar las llaves, y el ruido de un candado metálico, seguido por el del mecanismo de una cortina de fierro lograron que Domiciano olvidara por un momento el dolor en el brazo. Casi a tientas, Domiciano se acercó a la cortina y entre los dos hombres lograron apuntalarla. De no haber sido por la niebla, cualquier viajero que viniera por aquella carretera hubiera podido leer en una lámina atornillada al muro de la fachada, escrito en letras mayúsculas, rojas y grandes:

TALLER AUTOMOTRIS Y MÉCANICO "EL MOMIA"

Hacía un par de meses que Domiciano había entrado a trabajar de aprendiz con El Momia. El primer día no habían tenido clientes, y Domiciano había aprovechado para familiarizarse con la herramienta, los motores, las bujías, las baterías, los frenos. El segundo tampoco. El tercero tampoco. No obstante, la paga era buena, y Domiciano no quiso preguntar de dónde había sacado El Momia para pagarle. Pero las semanas transcurrieron y la clientela nomás no caía. El Momia se sentaba frente a la carretera y veía cómo pasaban los autos y los camiones a toda velocidad por el camino. Eso era todo, y a Domiciano se le empezaron a reventar los nervios.

La verdadera angustia se cernió una tarde en que un auto, cuyo cofre venía humeando, frenó a duras penas a unos metros del taller de El Momia, tras haberse desviado violentamente del pavimento. Las llantas resbalaron en la terracería y el auto amenazó por un momento con estrellarse contra uno de los muros de block pintados de blanco. Cuando el auto por fin se detuvo, la conductora bajó, despeinada, temblorosa, sujetando sus anteojos entre los dedos sudorosos de su mano izquierda. La mujer gritaba, clamando ayuda y

Domiciano corrió hacia ella: al fin habría algo de acción en su vida y se sentiría útil. Pero en cuanto se volvió para consultar la situación con El Momia se dio cuenta de que el hombre no se había inmutado en lo absoluto, y que seguía sentado en su silla blanca de plástico, mirando la carretera. Domiciano y la mujer del auto se miraron con extrañeza, como si la anomalía que los había conducido a ese momento no fuera el motor del auto, que ya humeaba con una peste insoportable. Domiciano se acercó al hombre y al mirarlo más detenidamente sintió cómo se le apretaban las tripas en el vientre: El Momia estaba sonriendo.

Desde ese día, Domiciano tuvo que fingir que no pasaba nada cuando El Momia lo iba a buscar todos los días para “irse a trabajar al taller”. Había intentado evadirlo, esconderse, fingirse enfermo, pero nada había funcionado y no le guardaba el secreto a la Marcela. “Me paga bien y no me quejo”, le decía. “Pero el tipo me da mucho miedo”.

Al principio, a nadie en Nopalilla se le había ocurrido asociar la sorpresiva llegada de El Momia al pueblo con aquellos seres pegajosos que crujían bajo la niebla. La primera suspicaz fue Doña Miguela, la madre de la Marcela, quien, como buena mayordoma del templo y creyente en Dios, pensó que todo eso era obra del demonio y decidió no dar su permiso para la boda de Domiciano con su hija hasta que él no dejara de recibir los dineros de El Momia. Doña Miguela

decía: “Esos gusanos salen de la tierra con las malas almas. Son los que escupen los diablos”. Pero ojalá la explicación hubiera sido tan sencilla.

*

En cuanto estuvo abierto el taller esa mañana, El Momia sacó un par de sillas de plástico y las colocó en la terracería, bajo la techumbre de láminas que había acondicionado sosteniéndolas con unos palos. El Momia se sentó y encendió un cigarro. “Está calentita la chamarra, ¿verdad?”, dijo El Momia. Sin esperar respuesta, agregó: “Ya sabes que no me gustan las excusas, chamaco. Tienes que venir aquí conmigo a trabajar”. El Momia se rio, con una carcajada que resquebrajó el silencio, abrupta. Domiciano se sentó, y al hacerlo procuró arrastrar la silla lejos de donde estaba El Momia. Le parecía absurdo no pasar el día en el interior del taller, a donde al menos no llegaba la niebla, pero la única vez que intentó persuadir a El Momia de ello había recibido como respuesta una risa estridente, obscena.

La neblina estaba tan apretada que no se veía la carretera. Domiciano miró su reloj: ocho cincuenta y cuatro de la mañana. Eso significaba que le esperaban doce horas de tedio al lado de un hombre que cada vez le resultaba más repulsivo. “¿Por qué me escogió a mí?”, se preguntaba todos los días. No le quedaba de otra, necesitaba el dinero a pesar de la amenaza de Doña Míguela; pero, al mismo tiempo...

FIN DE LA VISTA PREVIA